

## LA HISTÒRIA A DEBAT. CRISI I REVISIONISME(1)

**JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS:** Com a cap del Departament d'Història Moderna i Contemporània vull manifestar la satisfacció del Departament per aquest acte que ha organitzat l'àrea de Moderna, però que trascendeix l'interès dels modernistes i que afecta, no ja al conjunt del Departament, sinó a tots aquells que es dediquen a treballar sobre la història en aquesta facultat. I amb aquestes breus paraules, dono per començat l'acte, cedint la paraula al moderador, Lluís Roura.

**LLUIS ROURA:** Des de la seva creació, la revista *Manuscrits* ha tingut un interès especial en organitzar debats, discussions i taules rodones sobre temàtiques d'actualitat dins l'àmbit de la història. En aquesta línia, s'emmarca aquest acte sobre la problemàtica de la història en el món actual.

A l'editorial del número nou, *Manuscrits* feia al·lusió a aquell famós -no se si dissotradament famós- escrit de Fukuyama que parlava sobre la fi de la història. La qüestió abarcava dos àmbits, la referència a la fi de la història de la humanitat, en el sentit que plantejava la manca d'alternatives al sistema liberal; i, la fi que se'n deduia: el de la història com a ciència. Al voltant d'escrits orquestrats com el de Fukuyama, però, sembla inflamar-se alhora un debat sobre el sentit de la història, amb dimensions molt més rigoroses i serioses. Així ho proven alguns dels articles i llibres més recents.

En aquest marc, crec que hi ha una doble pregunta que podria servir de rerafons al debat plantejat avui: la història no hauria d'haver estat sempre a debat?; però, llavors, els historiadors no corren el risc

---

<sup>1</sup>.- Taula Rodona celebrada el 22 de febrer de 1993 a la Sala de Graus de la Facultat de Lletres de la Universitat Autònoma de Barcelona. *Manuscrits* agraeix la participació de tots els qui van col.laborar en la seva realització.

de dedicar-se a parlar únicament d'ells mateixos? Debatent tant sobre la història, no ens estem mirant massa el melic?, no ens estem creant tota una problemàtica artificial?. A vegades sembla com si els historiadors patissin una mena de complex d'adolescència intel·lectual que ens duria a qüestionar-nos una i altra vegada sobre el sentit de la nostre "existència", i a preguntar-nos constantment "¿on anem?" i "¿d'on venim?". Per a debatre aquesta problemàtica comptem avui amb la presència de quatre reconeguts historiadors:

Giovanni Levi, professor d'Història Econòmica a la Universitat de Venècia, col·laborador destacat de la revista *Quaderni Storici*, autor de diverses obres, entre elles, *La herencia inmaterial* (publicada en castellà per l'editorial Nerea), i historiador que es reconeix deixeble del gran mestre italià Franco Venturi.

Roger Chartier, director de l'Ecole des Hautes Etudes de Sciences Sociales de París, especialista en estudis sobre la difusió de la cultura, el llibre, la impremta, els autors, els discursos, especialment a l'època moderna i autor d'una obra extensa, d'entre la qual destaquem el seu primer llibre traduït al castellà per l'editorial Gedisa, *El mundo como representación*, la direcció dels volums relatius a l'època moderna de la *Historia de la vida privada* i *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa*.

Stuart Woolf és professor a la Universitat d'Essex, al Regne Unit, i de l'Institut Universitari Europeu de Florència. El seu recorregut per la investigació històrica abarca àmbits molt diversos, tots ells amb gran profunditat i reconeixement a nivell internacional (la història del feixisme, història general d'Itàlia, estudis sobre pobresa a l'època moderna, i, més recentment, sobre l'Europa Napolèònica...).

I Ricardo García Cárcel, catedràtic d'Història Moderna d'aquesta Universitat i autor d'una extensa obra, d'entre la qual destaquem *Las Germanías de Valencia*, *Historia de Cataluña. Siglos XVI y XVII* i *La leyenda negra. Historia y opinión*.

Per cloure aquesta presentació, jo suggeriria als col·laboradors d'aquesta taula rodona que centressin la seva intervenció sobre la problemàtica i el sentit de la història en el món actual i, per tant, el paper de l'historiador.

Cedeixo, doncs, la paraula a Ricardo García Cárcel.

**RICARDO GARCÍA CÁRCEL:** Yo querría empezar mi intervención aludiendo a que, desde mi punto de vista, los conceptos de crisis y revisionismo son conceptos muy relativos. El debate sobre el concepto de crisis es un debate viejo, pese a que lo ha puesto de moda Fukuyama

con su artículo, y luego con su libro sobre el fin de la historia. Por otra parte, quiero subrayar que es un debate tendencioso ideológicamente.

Digo que es un debate viejo por cuanto, efectivamente, no hay más que echar la vista atrás y constatar que ya fue en el año 1974 cuando Fontana entonaba el réquiem de la escuela de los *Annales*, en su célebre artículo de *Recerques*. Fue en el año 74 cuando Le Goff dirigía su *Faire de l'histoire*, al que ha aludido hace un momento Lluís Roura, testimonio de una voluntad de abrir fronteras que revelaba, de alguna manera, la conciencia de una crisis de la historia; y testimonio culminante de ese esfuerzo fue el libro de *La Nouvelle Histoire* publicado en 1978, que revelaba efectivamente la existencia de una crisis larvada.

Fue nada menos que en 1979 cuando discrepan Hobsbaw y Stone, cuando estallaba la polémica en *Past and Present* sobre la historia narrativa. En enero de 1983, la revista *Le Débat* se planteaba en Francia la pregunta que aquí también nos planteamos, de hacia dónde va la historia.

Quiero con ello, por lo tanto, subrayar que el hecho de que Fukuyama haya puesto de moda el tema del final de la historia, ni mucho menos nos puede hacer olvidar que el debate sobre el concepto de crisis es un debate viejo. A veces pienso que el concepto de crisis es consustancial con el ejercicio historiográfico, que parece lastrado por una permanente crisis de identidad, por una especie de duda hamletiana de qué somos, y para qué servimos los historiadores. Después de cada período agónico de conciencia de crisis, de masoquistas reflexiones sobre el concepto de crisis, nos acabamos sacando de la manga el concepto sucedáneo de "*nueva historia*". Recuérdese que el término de "*nouvelle histoire*" francés de 1978, lo habían usado Robinson y los americanos, en 1912, que habían, de hecho, certificado la defunción de la historia positivista con el mismo nombre de nueva historia.

Este, pues, sería el primer punto. Pero decía que me parecen tendenciosos ideológicamente los conceptos, tanto de crisis como de revisionismo.

Desde luego, no me voy a meter aquí con Fukuyama, entre otras razones porque pienso que es demasiado fácil denunciar la trastienda ideológica de pensamiento de réquiem de la historia que ha entonado Fukuyama.

Pero sí que quiero plantear la tendenciosidad ideológica del concepto de crisis. Sólo se habla de crisis de la historia polarizando el debate en torno a la crisis del marxismo. Y a mi juicio, hay que desvincular la caída del muro, la crisis del socialismo real, del comunismo en la Europa del Este, de la crisis del marxismo. Creo que es un problema confundir ambos conceptos.

Habrá que recordar que ni todos los que invocan a Marx son o han sido marxistas, ni el marxismo, ya sea en la acepción de Pierre Vilar como método, o en la acepción thompsoniana de tradición, tiene por qué asumir las barbaridades políticas que en su nombre se han hecho.

Pero sobre todo hay que subrayar que si por crisis entendemos la asunción de agujeros negros en el pensamiento de Marx, y los subsiguientes revisionismos, diré que la conciencia de estos agujeros negros es tan antigua como el propio Marx o Engels. Me explico: problemas como la teoría del Estado, la incidencia de la antropología, la fenomenología de los nacionalismos, vienen siendo revisadas por los propios marxistas desde hace ya mucho tiempo. ¿En qué se parecen las condiciones objetivas de clase de Marx a la conciencia de clase del marxista Thompson?, ¿es que hemos de llamar a Thompson revisionista? Tengo, en definitiva, la convicción de que el concepto de crisis de la historia se ha formulado casi siempre desde la derecha, para estigmatizar una cierta historia comprometida o con pretensión de responsabilidades sociales. También me parece tendencioso el concepto de revisionismo, cargado de connotaciones peyorativas. Por supuesto, bajo la etiqueta de revisionismo se han filtrado cínicas apelaciones de relativismo moral y, desde luego, operaciones exculpatorias del fascismo, pero no creo que bajo esa argumentación haya que condonar todo intento de revisión de la verdad establecida como malo. Estoy tan en contra de los que consideran lo nuevo como intrínsecamente bueno, como de los que lo consideran intrínsecamente peligroso. Además, no creo que la revisión implique necesariamente retorno, que es la palabra que está tan de moda actualmente. No creo que pese a los temores de muchos, estemos retornando a la historia positivista o narrativa. Me parece una barbaridad confundir microhistoria con historia narrativa. No creo que los actuales intentos de identificación prosopográfica tengan nada que ver con la biografía tradicional. ¿Qué tiene que ver la historia social, la historia relacional, estratégica de Giovanni Levi, con la vieja historia social, con los viejos órdenes sociales de Roland Mousnier, por citar un ejemplo? ¿Se parece en algo -pregunto- la historia política del poder que hace por ejemplo, Pablo Fernández Albaladejo, en España, con la vieja historia institucional? ¿Cómo se puede identificar la historia de los media culturales con la vieja historia tradicional de la cultura? Yo creo sinceramente que no podemos, en ningún caso, confundir revisión con retornos.

En definitiva, no creo en la crisis, ni creo en el revisionismo; creo simplemente en el cambio histórico. Por otra parte, la pregunta que

se puede hacer es: ¿optimismo o pesimismo ante la situación actual? Yo me definiría como un optimista relativo. Decía un amigo mío, un modernista, que cómo no va a haber crisis en la historia si al queso le han salido gusanos, parafraseando a Ginzburg, y sólo podemos comernos las migajas en que ha quedado el pan de los Annales después de François Dosse.

Pero en cualquier caso, digo optimista relativo porque estoy dispuesto a reconocer una doble crisis, matizada. Estoy dispuesto a admitir una crisis de la seguridad en los modelos estructurales en los que hemos vivido, más o menos felices, hasta hace unos años. Una crisis de seguridad determinada por la evidencia de la complejidad de la propia realidad histórica, y por los límites de nuestra capacidad racionalizadora ante las ambiciones más o menos pretenciosas, atribuidas a la historia en los años 60 y 70. Pero sobre todo, creo en la crisis del mercado consumidor. No interesa lo que ofrecemos, y eso está suponiendo una pérdida de clientela indiscutible. Nuestros alumnos y las tiradas de las revistas de historia son indicadores perfectamente expresivos de esa crisis del mercado consumidor. Dicho de otra manera, lo que a mi juicio está en crisis, y con ello voy a acabar mi primera intervención, es una concepción de la historia como disciplina o materia orgánica capaz de aportar respuestas simples a todo tipo de problemas; lo que está en crisis es el narcisismo de toda una generación de historiadores que creyeron, o que creímos, en objetivos tan ambiciosos como la historia total. En este sentido, creo, que la mayor cura de humildad nos ha venido, o nos está llegando, del abandono de nuestro mercado consumidor, con una actual crisis de superproducción de una oferta que, realmente, no interesa a nadie o interesa a muy pocos. Esta crisis tiene en España unas peculiaridades concretas, de las que espero tener ocasión de hablar en una próxima intervención.

**ROGER CHARTIER:** El diagnóstico actual de crisis, de vacilaciones, de punto crítico aplicado a la historia me parece vinculado a la distancia tomada respecto a los principios de inteligibilidad que habían gobernado no sólo la historia, sino también las demás ciencias sociales, a las cuales la historia pertenece y, según creo, tiene que pertenecer y seguir perteneciendo.

Estos principios tenían sus raíces en dos paradigmas: el paradigma que podemos llamar estructural, que aplica al mundo social un modo de pensamiento relacional, que intenta construir las relaciones objetivas, completamente independientes de las percepciones, de las voluntades, de la conciencia de los individuos.

Y segundo, el paradigma que Carlo Ginzburg ha llamado galileano, que intenta expresar con fórmulas lógicas o cuantitativas los

sistemas de relaciones con el deseo de establecer leyes generales suponiendo, parafraseando a Galileo, que el mundo social está escrito en lenguaje geométrico. Las consecuencias de la aplicación de estos paradigmas a la historia fueron muy importantes y muy positivas. En primer lugar destacaron la historia de una sencilla cartografía de particularidades, de un inventario nunca acabado de particularidades, dando primacía a la construcción de las regularidades, de correlaciones, de principios generales.

Estos dos paradigmas, estructural y galileano, también liberaron a la historia de lo que Michael Foucault ha llamado "una pobre idea de lo real", identificada solamente con las realidades físicas, materiales, inmediatamente percibidas por la experiencia sensible. La revolución estructural ha obligado a admitir a los historiadores que las relaciones invisibles, inmateriales, son tan reales como las realidades concretas del mundo natural o del mundo social.

En último lugar, los paradigmas estructural y galileano han afirmado una discontinuidad radical entre las percepciones y la conciencia de los sujetos por un lado y, por el otro, las relaciones desconocidas por los individuos, susceptibles de medidas, estadísticas, o de formulación lógica, consideradas como el propio objeto de la investigación histórica.

En los últimos años, este paradigma estructural galileano que fundaba certidumbres compartidas en el gremio de los historiadores, ha vacilado por diversas razones que no son necesariamente compatibles y que son a veces contradictorias. La más importante y provechosa consiste en una serie de desplazamientos de la atención de los historiadores: desplazamientos desde las estructuras hacia las redes; desde las posiciones hacia las representaciones; desde las normas colectivas hacia las estrategias particulares; desde los modelos rígidos de la física social hacia las descripciones de la fenomenología social.

De ahí la necesidad, a mi parecer, de superar ahora la oposición estéril, en un cierto sentido, entre subjetivismo y objetivismo, entre la fenomenología de los individuos y la física social, construyendo nuevos espacios de investigación, en los cuales sea posible articular la inventiva de los sujetos, sus representaciones, sus estrategias y las estructuras y relaciones objetivas que, a la vez, hacen posible y limitan, "construyen", esta inventiva. Es en este espacio intelectual que se sitúa para mí la historia de las prácticas culturales y, más ampliamente, la historia cultural de lo social.

Añadiré, para acabar, que esta definición de trabajo histórico que propongo es una manera de rechazar el paradigma que tiende a destacar la historia de las otras ciencias sociales, un paradigma fundado sobre

la primacía de la total libertad del sujeto, la primacía dada a las ideas y a la conciencia y la primacía de lo político, entendido en un sentido estrecho, el de las ideas e instituciones políticas, considerándolas como la instancia más significativa de una sociedad. Me parece que esta posición -que es la posición, por ejemplo, de Furet- tropieza con una doble impotencia, ignora las imposiciones no sabidas por los individuos y que, sin embargo, regulan más allá de las ideas claras, las representaciones y las acciones. Esta posición también supone una eficacia propia de las ideas y de los discursos, completamente separados de las formas que los comunican, desligados de las prácticas que les confieren significaciones plurales y concurrentes. Parece que en este momento es necesario reaccionar contra una corriente como ésta, de retorno a lo político en este sentido estrecho. Es menester reformular la manera de aproximar la comprensión de las obras, de las representaciones, de las prácticas, vinculando esta comprensión a las divisiones del mundo social que al mismo tiempo, estas obras, estas representaciones, estas prácticas, significan y construyen.

**GIOVANNI LEVI:** Comparto completamente la opinión de Roger Chartier y de Ricardo García Cárcel acerca de la dificultad de hablar de crisis de la historia, por lo genérico de tal afirmación. Es una simplificación afirmar que cada vez que cualquier cosa cambia en la historia, los historiadores empiezan a debatir. Pienso que todavía hay novedades importantes para los historiadores. La primera cosa a considerar es que la historia tiene dos líneas de evolución: la primera, es la evolución interna, la discusión entre historiadores; la otra, son las presiones, las indicaciones, las preguntas que la realidad política y social plantea a la historia. Será muy difícil considerarse indiferente a las enormes modificaciones políticas que han tenido lugar en Europa en los últimos años. Creo que se puede hablar de crisis en este sentido: muchas de las explicaciones que los historiadores utilizaban a principios de los años 80 son, en este momento, verdaderamente problemáticas y están en crisis. Muchas de las imágenes de la estratificación social que los historiadores utilizan están abiertas a numerosos interrogantes.

El libro de Josep Fontana representa una especie de política del aveSTRUZ, en el sentido de imaginar que muchas cosas relevantes deben ser indiferentes para los historiadores pues tienen una reserva de problemas, de técnicas, de conceptos que no están en crisis en este momento. Creo que nuestro problema reside en la autocritica. La autocritica debe consistir, no en imaginar que cada vez que el mundo cambia, la historia cambia, sino en imaginar que nuevos enfoques son necesarios en el trabajo del historiador.

Quiero partir de un ejemplo autobiográfico. A comienzos de los años 80 empezamos la colección "microhistoria" en Italia. Esta colección partía de la base de que en el interior de la historiografía vagamente de izquierdas era necesario criticar muchos conceptos demasiado simplificados: los conceptos de Estado moderno, muchos de los conceptos culturales, muchos de los conceptos descriptivos de la sociedad. Se trataba de una colección de crítica, de destrucción, más que de construcción, una alternativa polémica a las prácticas de la historiografía cultural y social de orientación izquierdista. Ahora mi opinión, y la de todos los que trabajaban en la colección "microhistoria", es completamente diferente, ya que consideramos que es imposible la continuidad de la colección sin una fase de construcción que implique una reconceptualización de la práctica historiográfica.

En la necesidad de reconceptualización estoy de acuerdo con Roger Chartier, pero creo que la imagen formal, de cuantificación, de objetivo, que Chartier propone, no es ninguna novedad. El verdadero problema para los historiadores es el de entablar una discusión con las otras ciencias sociales, como por ejemplo con las matemáticas, que han seguido una evolución que las ha alejado completamente de ofrecer una imagen objetiva de la realidad. La historiografía lleva cien años sirviéndose de ellas, utilizando las relaciones, los gráficos, los conjuntos, pero las matemáticas no son ya cuantitativas, ni se conciben como objetivas. Esto constituye para mí un ejemplo del retraso de la historiografía, que ha sido positivista en el sentido de que ha basado sus debates entre cualitativo y cuantitativo, subjetivo y objetivo, como una discusión de finales del siglo XIX, sin considerar la enorme evolución que todas las ciencias, no sólo sociales, han experimentado muy recientemente. Pienso que, en este momento, las novedades políticas y sociales incitan a reconstruir la instrumentación historiográfica y reconceptualizar la historia, utilizando una metodología fuerte en la actividad historiográfica para evitar una posible crisis.

Por consiguiente, creo que no se puede hablar en todos los casos de revisionismo, pues se trata de un fenómeno específico que se refiere a la interpretación relativista que los historiadores alemanes han propuesto de la historia de Alemania. El revisionismo es verdaderamente un problema para la historiografía. Muchos de los libros revisionistas, como el de Nolte, han puesto en evidencia la dificultad metodológica de la respuesta de los historiadores. Los historiadores dicen que es un fascista, por ejemplo, pero eso no constituye una refutación metodológica, sino que es una constatación ideológico-moral. El revisionismo es un problema muy dramático, una demostración de la

incertidumbre actual de la historiografía frente a su instrumentalización conceptual.

**STUART WOOLF:** Escuchando a mis colegas he notado que sus observaciones se sitúan siempre en el campo de la historia de la sociedad, no en el de la historia del Estado. Estoy completamente de acuerdo con muchas de las proposiciones y también con la crítica que Giovanni Levi hace de la crisis, en torno a los métodos y los conceptos que el historiador de hoy en día utiliza.

Mi intervención se limita a una cosa más fácil y pragmática. Cuando un libro o un artículo como el réquiem de Fukuyama, *El fin de la historia*, trata de la historia, lo hace de una historia muy particular. Se refiere a una historia política. Quienes hablan de política, (pienso en términos de muy corto plazo) siempre asignan necesariamente un papel particular a la historia, el de la legitimización de la propia política. La fuerza y la debilidad de la historia, desde hace mucho tiempo, precisamente reside en ésto, en la importancia de la historia para legitimizar el presente a través de una interpretación unilateral del pasado. En ésto radica, no solamente la necesidad de la historia para los políticos, sino también la fascinación por la historia de la gente.

Para mí existe un problema muy real en la insistencia en el fin de la historia. De vez en cuando un historiador proclama que ha llegado el fin de la historia. ¿Qué significa tal afirmación? Sencillamente, la identificación total, que todo historiador profesional rechaza, entre un concepto de la historia con un elemento de la vida política o de una ideología. En este caso el fin del socialismo real significaría el fin del comunismo -que es ya una cosa muy dudosa- y el triunfo del capitalismo. Este tipo de ataques contra la historia son siempre ataques coyunturales, que pasan con el tiempo y que pueden ser de interés momentáneo para el gran público. Esta especie de historia aplicada es una forma de historia política que edifica una determinada historia del Estado. No es la historia de la sociedad, y hay una diferencia muy clara en esto, pues se puede estudiar la historia del Estado sin analizar la historia de la sociedad, pero también se puede concebir la historia del Estado a través de la historia de la sociedad, como una introspección de la misma.

La historia tradicional, la historia de los acontecimientos, de los reyes, de las batallas, es una historia exclusivamente puesta en práctica por el Estado. Estos ataques contra la historia, los vaticinios sobre el fin de la historia, son contenidos del entierro de una historia política, de este género de historia del Estado; son ataques a la historia que surgen de la historia contemporánea. Este hecho plantea un problema diferente porque, sin duda, existe un público con un gran interés por

la historia contemporánea, más que por la historia de otras edades. Basta contar el número de publicaciones y el número de historiadores de historia contemporánea para comprender el ajuste de cooperación misma entre historiadores. Que la historia más popular es la historia contemporánea presenta un problema para los historiadores de otro período. García Cárcel, justamente, ha hablado de una crisis de la escritura, de la escasa capacidad de los historiadores de escribir para la gente común. Es un problema de fondo ausente totalmente en las intervenciones de Chartier y Levi, que se interesan por el futuro de las fronteras de las investigaciones. Creo que el planteamiento expuesto por Levi es el de la vulgarización de la historia contemporánea, principalmente, aunque no de manera exclusiva, por parte de no solamente historiadores, sino también periodistas o escritores más o menos serios, que tienen un gran éxito y que obligan a los historiadores de profesión a reflexionar sobre el modo de hacer historia, el hermetismo de su lenguaje y los deberes que tienen frente a los cambios históricos tan profundos como los actuales. Hemos de reflexionar sobre los conceptos nuevos que se necesitan, pero también sobre el método y presentar la historia no exclusivamente para los estudiantes o para otros historiadores, sino también para el gran público, fascinado por la historia desde hace dos mil años.

**ROGER CHARTIER:** Unicamente dos observaciones en relación a lo que Giovanni ha dicho. La primera sobre los matemáticos que en los últimos años han hallado su "terreno", tal y como lo han logrado los etnólogos, a través del ordenador. Hay una posibilidad para los matemáticos de plantear las cuestiones en la misma dirección que nosotros: por un lado modelos, relaciones, análisis, que pueden ser fundados sobre mera invención, y, por otro lado, una manera de verificación de las hipótesis con los cálculos, con las cuantificaciones, que ahora son posibles con el ordenador. La situación entre las dos disciplinas puede ser considerada paralela.

La otra observación es sobre la cuestión de la objetividad. Levi sostiene que quizá mi alternativa representa un modelo muy anticuado de objetividad. Claro que sí, pero él mismo afirmaba, en una entrevista realizada por la revista *Manuscrits*, que los historiadores no pueden abandonar a un juego puramente formal la afanosa búsqueda de la verdad histórica. Me parece una afirmación central en un momento en el cual algunas reflexiones sobre la escritura de la historia destruyen la diferencia entre la historia y la ficción a través del argumento de las semejanzas entre la escritura de la historia y la escritura de la ficción. Algunos como Hayden White en los Estados Unidos concluyen que no

hay diferencia entre la historia y la ficción. La semejanza en los modos de figuras retóricas, la construcción del tiempo en la definición de las entidades históricas permiten a estos historiadores borrar toda distinción entre la historia y la fábula. Si, de acuerdo con la afirmación de Levi, los historiadores buscan la verdad afanosamente, tenemos que construir las reglas que permitan afirmar que un discurso histórico esté en el campo de la verdad y que se pueda distinguir de la falsificación. Es fundamental desenmascarar a los falsificadores de la historia. Me remito a dos libros que tratan sobre este tema, publicados de manera simultánea: el libro de Julio Caro Baroja, *Las falsificaciones en la Historia* y el de Anthony Grafton, *Forgers and Critics*. Indudablemente es difícil construir esta dimensión real, y quizás los modelos de objetividad que he propuesto no estén completamente desfasados, puesto que la objetividad que podemos atribuir a la historia está fundada, por un lado, en técnicas que pueden ser verificadas y controladas, que definen la operación historiográfica y, por otro lado, en lo que ha sugerido Carlo Ginzburg, en la construcción de una científicidad propia de la historia, que rechace tanto lo arbitrario de la ficción como los principios del paradigma galíneo matemático-físico. Es una vía difícil. El desafío central para nosotros, si queremos mantener la historia en el campo del conocimiento verdadero de lo que fue, es sencillo, pero al mismo tiempo plantea una serie de problemas muy complejos en la definición de un paradigma, que rechaza las falsificaciones de la historia y define un régimen peculiar de científicidad.

**GIOVANNI LEVI:** Un problema muy interesante a tratar sería el problema de las relaciones concretas entre historia y narración y narración de la historia.

Es cierto que los historiadores tienen dos límites en su autoanálisis. El primero es lo que se llama la autoridad del historiador. El historiador tiene una posición central, cuestión que muchas otras ciencias han discutido, pues nosotros consideramos la palabra del historiador como interpretación de la verdad. Muchas de las preguntas que el historiador sugiere derivan de esa imagen sobre la autoridad del historiador que es falsa, en definitiva. El historiador debe buscar la verdad, y tiene que ser más explícito en los límites metodológicos, documentales e interpretativos ya que muchas veces describe la realidad como algo perfectamente descriptible. Pienso que la divulgación historiográfica no sólo tiene un problema de autoridad, sino también de imagen. El historiador propone una perfecta sobreposición entre la investigación -trabajo de archivo-, la exposición de los resultados -libro- y la recepción del lector. Los tres primeros momentos son considerados como automáticos, como una actividad simultánea carente de una

práctica argumentativa y retórica. Los historiadores han discutido mucho sobre el problema de la narrativa, pero éste es un problema absolutamente secundario. El problema central es que la historia es una práctica retórica, aunque no exclusivamente, pues tiene técnicas de argumentación, de convicción, de selección y de persuasión, que deben ser evidenciadas, que constituyen argumentos de análisis que en general los historiadores no utilizan.

En este sentido, la ausencia de un ajuste entre la autoridad y las técnicas argumentativas han abierto un enorme campo de posibilidades a una "divulgación vulgar". Si un historiador muy bueno habla sin discutir su autoridad y sus técnicas argumentativas, cualquier periodista puede hacer historia con la misma autoridad y con las mismas técnicas argumentativas, aparentemente al menos. La crisis del consumo de historia tiene más que ver con una crisis de autoanálisis que con una crisis de mercado. Es una especie de inercia cultural de los historiadores.

**RICARDO GARCÍA CÁRCEL:** Estaba escuchando el debate entre Giovanni Levi y Roger Chartier y tengo la impresión que la historiografía española, en estos momentos, no anda por los mismos derroteros que os estáis planteando en torno al método concreto a utilizar, en torno a la dialéctica a seguir. Sinceramente, creo que en estos momentos en España el problema está en otra dimensión. En España, en primer lugar, arrastramos un problema de aislamiento tradicional, y además, evidentemente, la nefasta herencia cultural del franquismo y, su correlato, el antifranquismo, con toda la estela de fundamentalismos ideológicos que eso ha supuesto.

En mi opinión, lo primero que cabe constatar es la enorme pereza intelectual de unos historiadores que se niegan a abrirse a nuevas fronteras por un miedo reaccionario a lo desconocido, que queda estigmatizado como frívolo, malo, en fin, con todos los adjetivos posibles para condenarlo ideológicamente, y, naturalmente, el oportunismo de otros que pretenden capitalizar la situación de confusión para vender como alternativa lo que, en muchos casos, no son más que fósiles intelectuales ni siquiera reciclados.

Creo que la primera salida a esta supuesta crisis de la historia está en el ejercicio de humildad autocritica, que aunque resulta muy fácil de decir resulta muy difícil de ejercer. Un ejercicio de humildad autocritica que parte del principio de asumir la posibilidad del propio error. Principio muy simple pero, lamentablemente, muy poco ejercido en nuestro país. Dicho de otra manera, la renuncia al dogmatismo y a la pereza intelectual de la que hablaba antes. Por otra parte, la necesidad

de superar la falsa contraposición entre modernidad y posmodernidad, o entre nueva y vieja historia. La modernidad es el invento tendencioso de agoreros de la supuesta crisis. En España, a mi juicio, esta dicotomía está haciendo mucho daño. Se trata de un complejo que ha estado muy arraigado en nuestro país, ya desde el Renacimiento con el síndrome antiguos-modernos estudiado por Maravall. Pero, ¿qué es lo antiguo y lo nuevo? La evidencia mayor de nuestro tiempo es la confusión derivada, en buena parte, de la simplicidad maniquea y de la pobreza teórica y metodológica en las que hemos vivido instalados muchos años. Ante esta situación, no creo que tenga mucho sentido ni la nostalgia ni el esnobismo.

Los nostálgicos de la modernidad combaten la postmodernidad acusándola de cinismo y relativismo moral, de frívolo deconstrucciónismo sin alternativas, de apuesta por lo posible a costa de la trascendencia de los deberes del historiador, de enterramiento de la función progresista de la historia. Los postmodernos critican la modernidad en función del dogmatismo inmovilista de algunos de sus planteamientos, de la agobiante dotación de permanentes responsabilidades al ejercicio historiográfico, de negarse a abrir nuevas fronteras temáticas o interpretativas en nombre de una razón o de una verdad o de unas esencias inmutables. Pues bien, al respecto he de decir que, a mi juicio, esa contraposición entre modernidad y postmodernidad es falsa; sólo debería existir confrontación entre buena y mala historia, sólo hay esa frontera, esos son los límites auténticos. No hay géneros históricamente malos. Lamentablemente, algunos hemos tenido que soportar campañas de absoluto y total desprecio entorno al concepto de la historia de las mentalidades, utilizado tendenciosamente como arma arrojadiza, con voluntad, insisto, de descalificación intelectual y hasta moral, o, por lo menos, ideológica. Hay buenos y malos historiadores, hay excelentes historiadores en historia de las mentalidades y pésimos historiadores en historia económica, tan glosada como la buena historia.

La historia que yo reivindico es la historia que asume la complejidad de la realidad, que cree en la capacidad racional para entender esa realidad, pero que asume al mismo tiempo los límites de la misma y que sirve para deslegitimar las versiones del pasado que, desde el poder, se nos han dado y se nos siguen dando. A partir de estos principios, el camino no es otro que trabajar sin complejos ni miedo a las etiquetas.

**LLUIS ROURA:** Recogiendo algunos de los puntos que se han ido comentando por parte de los participantes en la mesa redonda, me gustaría dar pie a nuevos elementos de debate y reflexión. Así, partiendo del hecho comentado de que los acontecimientos actuales

condicionan a la *historia*, podemos preguntarnos por la relación inversa; es decir, ¿hasta qué punto la *historia* puede incidir en el desarrollo de los acontecimientos de nuestro mundo? ¿Puede aspirar la *historia* a plantar cara a los intereses del mercado intelectual y de la comunicación, para incidir sobre el escándalo de un mundo con riesgo de supervivencia planetaria, con desigualdades que generan una situación endémica y permanente de hambre para las dos terceras partes de la población, con guerras "imparables", con la alarma de enfermedades ante las que la humanidad se siente indefensa...? Si no es así, ¿cómo *justificar* el lujo que pueda suponer el dedicarse a "cultivar la historia" consiguiendo, en el mejor de los casos, satisfacer una pequeña parcela del mercado intelectual -y editorial-? No hace mucho, en una entrevista que publicó la revista *L'Avenç*, el historiador Jean Chesnaux se refería a la historia "mercancía" -en referencia a la que se escribe en función de los intereses editoriales, de los ámbitos audiovisuales, etc-, y la situaba en una clara relación con el auge de una cierta "historia poder" -la de las grandes conmemoraciones (de las que tenemos ejemplos muy próximos: "Quinto Centenario", "Milenario de Cataluña", "Segundo centenario de la muerte de Carlos III", "Bicentenario de la Revolución Francesa"...)-.

**GIOVANNI LEVI:** Jaime Contreras lo llama "historia basura".

**LLUIS ROURA:** Pero en todo caso ahí están también los historiadores. Y no hay que olvidar que para los historiadores que alcanzan un amplio reconocimiento, su propio "éxito" conlleva el riesgo de dejarse seducir por aquella "historia mercancía". Es por ésto que sugería tratar del papel del historiador ante los escándalos del mundo actual: de su frivolidad o de su compromiso; y de las dificultades de una historia de éxito fuera de los circuitos del poder, o de los meros intereses del mercado...

**JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS:** No quiero hacer una observación global sino más bien observaciones puntuales que tienen que ver con lo que planteaba Ricardo García Cárcel. Estoy de acuerdo con él en que no hay géneros históricos malos, y quizás lo que tenemos que asumir es que la historia, como cualquier otro acontecimiento de la realidad, no es unilineal, no tiene un solo camino, como no lo tienen las otras ciencias.

Una primera cuestión sería aceptar que la historia no se divide únicamente por etapas cronológicas, sino también por modos de aproximación a la realidad. A partir de ahí, me gustaría matizar esa afirmación de que los historiadores buscan la verdad como quien busca

el Santo Grial, porque yo creo que esta afirmación puede ser un planteamiento muy ingenuo o un planteamiento simplista que nos devuelva a la misma situación de unilinealidad.

A fin de cuentas, ¿qué es la verdad?, ¿la verdad es plana o es poliédrica?, ¿cómo se elabora la verdad? Cuando se busca la verdad, en realidad, se tiene ya una determinada idea de verdad, si no, no es posible tal búsqueda. De ahí que la denuncia de la falsificación no sea equivalente a la afirmación de la verdad, sino que entre ambos términos existe una distancia grande. En todo caso, manifiesto mis reticencias a identificar la objetividad con la formalización, en ésto concuerdo con Giovanni Levi. Observo también que tenemos un gran complejo de inferioridad o de culpa respecto a otras disciplinas del conocimiento, ya que nos vemos obligados a incorporar los sistemas de esas otras disciplinas: el ejemplo más claro lo constituiría la cuantificación. Incluso podemos llegar a confundir la elaboración de la propuesta histórica con la elaboración de la fórmula, pero hay que tener en cuenta que, aunque son un recurso importante, no son la guía fundamental. En esta mesa redonda ha habido dos protagonistas temáticos diferentes: por un lado, se planteaba sobre todo la historia como investigación, y, por el otro, la historia como propuesta social. Creo que la historia como investigación tiene un gran problema, que es el abuso de la fetichización, de la cosificación. Dado que la historia está ya plenamente asentada en el ámbito académico, somos capaces de elaborar un discurso tan sofisticado que un día no nos van a entender ni los alumnos de historia. Estamos excesivamente preocupados por la conceptualización exacta, por determinar cuál es nuestro discurso propio. Creo que hay un problema de cosificación en el sentido que Marx utilizaba. Entonces, lo que planteaba Stuart Woolf sobre el éxito de la vulgarización de la historia, no lo he entendido como una propuesta de la historia que hemos de hacer, sino como un síntoma, una nefasta consecuencia de la cosificación de la historia. Nuestras investigaciones tienen un interés absolutamente sectario para el público por la mera proyección de elementos del pasado que constituyen. No interesa a nadie el pasado si no hay en ese pasado futuro, y eso es lo que tiene de positivo el divulgador, el periodista, aunque sus propuestas de futuro no sean válidas, ni originales. El hecho de que esté elaborando elementos de presente y de futuro es lo que despierta el interés. En eso reside uno de los *hándicaps* más graves de una traducción excesivamente sectaria, en el sentido de cerrada en sí misma, de la explicación historiográfica.

**ROGER CHARTIER:** En primer lugar, querría separar mi propia posición sobre la científicidad de la historia de los paradigmas que han sido creados al respecto en años pasados y que son los que he estado

describiendo anteriormente. El segundo punto que quisiera tratar es el de que las críticas legítimas contra estos dos paradigmas, galineano y relacional-estructural, parecen conducir, en cierta manera, a lo que se puede definir como una crisis de la historia. Creo que existe el riesgo de olvidar las relaciones establecidas por esta forma de descripción histórica cuando vamos directamente a otro modo de descripción completamente interaccionista, fundado sobre las conciencias de los individuos. En este punto se puede reconocer la legitimidad de la crítica contra una definición demasiado estrecha de la historia social pero, al mismo tiempo, siguiéndolo, hay riesgo de olvidar que los individuos son al mismo tiempo lo que piensan que son y lo que ignoran que son.

Otro riesgo subyace en el tema de la verdad. Un desafío grande para los historiadores es que, partiendo de la crítica de los paradigmas estructural y galineano, hay una tendencia a decir, en los Estados Unidos, que la historia no puede afirmar cualquier predicción en términos de conocimiento. Los estudios más importantes que describen las semejanzas al nivel que Levi ha apuntado, al nivel de las formas retóricas o las formas narrativas, a menudo tienen conclusiones destructivas. Si aceptamos esta destrucción, negamos la función de la historia misma. Esta es la razón por la cual estoy completamente de acuerdo con la necesidad de reflexionar sobre un concepto como el concepto de verdad, sobre qué es la verdad para los historiadores, sobre cuál es la relación de lo que fue realmente y de lo que se puede decir en un discurso histórico, que es un discurso controlado y verificado, pero que también, al mismo tiempo, está organizado por modelos de científicidad que no son los modelos de científicidad de otras ciencias, sociales o no. Si la palabra verdad es demasiado grandilocuente se puede aceptar otra, pero esta dimensión, que es la dimensión que define la científicidad de la historia como conocimiento, es absolutamente necesaria. Justamente, un elemento de diagnóstico de la crisis está vinculado a los ataques y descalificaciones de esta pretensión, pretensión necesaria contra el relativismo.

Comparto plenamente la posición de Ginzburg y de Levi que, en diversos textos, han afirmado la necesidad de plantear en el centro de nuestro quehacer, pero también de nuestra tarea intelectual, la necesidad de tener un discurso en el campo de lo verdadero. No puede renunciarse a utilizar la palabra verdad, aún teniendo en cuenta su enorme complejidad en todos los sentidos, filosóficos y hermenéuticos.

**JAVIER BURGOS:** Creo que el elemento central en todo el debate, aparecido sobre todo en el segundo turno de opiniones, y apuntado por Woolf cuando trataba de la vulgarización, es el tema del papel social

del historiador y de la historia. Esta es una de las cuestiones que está en crisis y deberíamos interrogarnos sobre el porqué ya que incide en ese esfuerzo por retirar a la historia del ámbito de las ciencias sociales, por diferenciarla de las disciplinas que construyen y reconstruyen sus métodos de análisis de la sociedad, aunque sean en el pasado. No creo que la historia que se vende haga propuestas de futuro. La historia de las biografías que publica la editorial Planeta, una de las colecciones de más éxito actualmente, ¿qué propuesta de futuro tiene detrás? Creo que la propuesta no es de futuro, sino de continuidad del presente.

Creo que debemos divulgar, pero no vulgarizar, ya que ésto significaría renunciar al papel social de la historia, convirtiéndola en una simple mercancía.

**STUART WOOLF:** Estoy de acuerdo en que más que divulgación o vulgarización la distinción debe ser entre apropiadas e inadecuadas maneras de escribir historia. También respaldo las opiniones que afirman el poco o nulo papel social del historiador. Nunca han tenido los historiadores un papel social muy importante, pero creo que el problema que estamos discutiendo hoy es el de la no aceptación de tales premisas y la importancia que la búsqueda de la verdad tiene para todos los historiadores, aunque, como ya había afirmado anteriormente un historiador italiano, Milano, nuestros conocimientos del cambio histórico no serán nunca definitivos en la medida en que lo inesperado es infinito.

Dentro de las tareas del historiador, que Levi ha sintetizado, tiene una importancia capital la búsqueda de métodos diferentes de aproximarse a una explicación funcional de una situación, de una relación en el pasado, métodos que pueden ser justificados y parecer autosuficientes pero que no pueden existir inmutables de manera indefinida. En esta búsqueda continua de métodos diferentes de investigación es donde las ciencias sociales tienen una importancia básica.

Existe un segundo problema, muy actual, que me gustaría remarcar. Recientemente, son los historiadores los que han influido en el presente, por ejemplo, los historiadores del nacionalismo, en el sentido de crear, inventar, fabricar, el concepto de nación catalana, española, inglesa o francesa. No existen diferencias entre la creación y la fabricación de este concepto de nacionalismo. Esto comporta una responsabilidad muy seria para el historiador, así, en la creación de mitos, mitos que no son realidades, que llevan fácilmente a conclusiones o a erudiciones posteriores. Pero, por primera vez, ahora, los acontecimientos son más rápidos que las reflexiones de los historiadores, que en la historia del nacionalismo presentan algunas nociones netamente anacrónicas, como el protagonismo o la lucha. Un ejemplo lo constituye

el momento de la guerra de la señora Thatcher por las Islas Malvinas. La reacción nacionalista en Inglaterra fue enorme, en cambio las interpretaciones de muchos historiadores no fueron más allá. No hemos superado un cierto tipo de nacionalismo. Basta observar estos últimos años para comprender lo que significa el ser historiador, estar influenciado por la política y por los cambios actuales. Toda la historia es historia contemporánea, como dijo hace muchos años Croce, pero en este momento particular existen un estímulo y una necesidad tan directos que no podemos ignorarlos. Tenemos una obligación social, no solamente basada en reflexionar sobre los instrumentos y métodos, sino también en aclarar y denunciar las falsificaciones y los abusos que se hacen de la historia.

**GIOVANNI LEVI:** En primer lugar, considero muy interesante la conclusión que se desprende de la intervención de Chartier, aunque yo no creo que existan géneros históricos malos sino géneros relativistas. Por ejemplo, la idea de España es una pura descripción, una narración que no puede pretender buscar la verdad.

En segundo lugar, ¿qué es la verdad? Probablemente no es demasiado educado explicarlo, pero afirmar que la historia no tiene como fin examinar la realidad y la verdad no es un problema histórico. La cuestión está en buscar modos de descripción de la realidad verdaderos pero con la conciencia de que la verdad es inagotable. Cada año se publican cincuenta o cien libros sobre un mismo tema y su objetivo no es demostrar la falsedad de los demás, sino que, en general, constituyen un esfuerzo destinado a mejorar nuestra capacidad de compresión y de descripción de la realidad.

Lo último que quiero comentar es la pregunta que ha hecho José Luis Martín, ¿sólo la realidad condiciona la Historia? Creo que no, y lo que decía Woolf es evidente. No quiero, como miembro de la corporación de los historiadores, dar la imagen de que los historiadores son los inventores totales de mitos nacionales. Por ejemplo, un caso clásico que me gustaría discutir es el de la historiografía italiana que ha tratado de describir la viabilidad nacional de Italia, olvidando que es un país políticamente -no religiosamente- católico. Olvidando la matriz fundamental sobre la imposibilidad de crear mitos nacionales, podemos afirmar que la Italia Contemporánea tiene dos mitos fundamentales: el "Risorgimento" y la Resistencia.

Del "Risorgimento" no se puede hablar porque el verdadero enemigo fue el Papa y no Austria, aunque se diga que fue una guerra nacional contra Austria. El verdadero problema fue la guerra civil contra una parte fundamental del país y contra el catolicismo. La

Resistencia es un ejemplo paralelo, es descrita como una guerra civil contra uno, dos o tres fascistas -los malos-, algo muy semejante a lo que ocurre en España en la discusión sobre el Franquismo.

En este sentido, los historiadores no han hecho un trabajo justo, no han contribuido a la dificultad real de imaginar mitos fundacionales en la historia de Italia y en este campo los historiadores tienen un trabajo que hacer, pueden contribuir a la reconstrucción de la verdad histórica, aunque tengan conflictos fundamentales con otros productores de mitos, la Iglesia o los partidos políticos, por ejemplo. En fin, hay muchas matrices de mitologías históricas, los historiadores no son los únicos productores de mitos históricos.

**RICARDO GARCÍA CÁRCEL:** Yo querría precisar un poco mi opinión continuando al hilo de lo que ha comentado antes el profesor Woolf. Creo que la salida de la supuesta crisis está en el rearme de la función crítica de la historia. Creo que la salida, justamente, está en la superación de la falsa neutralidad, en apelar a la función crítica de la historia, ya que en España, en estos momentos, lamentablemente, estamos viviendo una historia que ha apartado completamente los pronunciamientos críticos. ¿Y qué historia se está haciendo en España? Se está haciendo una historia legitimadora del poder. Los historiadores nos hemos convertido -no me canso de decirlo- en colaboradores de toda operación promovida desde las altas instancias oficiales, sean del gobierno central, sean de gobiernos periféricos, colaborando como intelectuales orgánicos a bajo precio en la operación de conmemoración -sagrada palabra- de milenarios, centenarios, cincuentenarios. No hay hito histórico que actualmente no provoque automáticamente que el político de turno considere que la celebración del mismo es rentable electoralmente y no le falta ocasión para celebrar ese acontecimiento, pues cuenta con la ayuda de toda una cola de historiadores dispuestos a poner flores.

Yo creo que hay que superar la tentación de que la visión progresista de la historia está en crisis. Al contrario, yo lo que creo que está en crisis es justamente la otra historia. Está en crisis la historia de los historiadores funcionarios, y digo funcionarios en el mejor de los sentidos, historiadores cansados de repetir las consignas que el poder emana. La función de la historia es la denuncia beligerante, permanente, de esa historia funcional.

**STUART WOOLF:** Estoy de acuerdo con lo que ha dicho García Cárcel. Actualmente, por desgracia, la historia es particularmente apta para las celebraciones, no sólo en España o en Italia como ha ocurrido en fechas recientes, sino en todos los países que conozco. Tengo amigos

historiadores que tienen las fechas exactas y precisas para preparar una celebración. Los historiadores ganan mucho al participar en las celebraciones de un pasado glorioso, mitificado y teleológico. Estamos entrando en una fase en la cual la historia de Europa será una teología de la historia de los países de la Comunidad Europea. Existen, por ejemplo, subsidios destinados a historiadores para examinar la unidad de la historia europea que es, sin duda, un concepto muy problemático. Un modo mucho menos profundo que las propuestas de Chartier y Levi sobre la introducción de un viraje crítico lo constituye la historia comparada. La comparación entre las situaciones de países diferentes es un modo crítico de aprender historia del propio país. Como decía un gran poeta inglés del imperialismo, Kipling, *¿qué cosa puede saber de Inglaterra quien solamente conoce Inglaterra?*

**GIOVANNI LEVI:** Sin embargo, contestando a Stuart Woolf, este planteamiento corre el peligro de caer en la demagogia si imaginamos al historiador siempre asumiendo un papel contestatario al poder. Es mejor que los historiadores definan su función de manera civil y no exclusivamente crítica. Un ejemplo clásico y paradójico lo constituye la contestación al poder eclesiástico en función de la apología del estado italiano.

**ANTONI SIMÓN TARRÉS:** Querría hacer un apunte con respecto a un tema que ha salido aquí y que considero importante para reflexionar sobre la crisis de la historia en el momento actual. Me refiero al grado de penetración de la historia en la sociedad. Existe una distancia muy grande entre los avances que ha tenido la ciencia histórica en los últimos años, a pesar de todos los debates y discrepancias conceptuales y metodológicas, y su penetración social que, efectivamente, ha tendido a disminuir. En una encuesta publicada por el diario de Barcelona *La Vanguardia* hace aproximadamente un año, referida al grado de conocimiento de la población catalana sobre la historia de Cataluña, tan sólo un porcentaje muy pequeño conocía la existencia de los presidentes de la Generalitat, Tarradellas y Companys, de otros personajes, incluso teóricos mitos -digo teóricos mitos porque en realidad parece demostrado que no lo son- como Pau Claris o el "conseller" Casanovas. Los encuestados no tenían ningún conocimiento sobre ellos. Creo que, en estos momentos, se está produciendo una gran divergencia entre lo que es el análisis y el discurso, los avances del conocimiento de la ciencia histórica, y esta escasa penetración que por definición debería tener.

**STUART WOOLF:** Realmente hemos atacado con bastante eficacia viejos mitos históricos forjados por la historia política tradicional y ahora resulta difícil creer en ellos. El "Risorgimento" ha desaparecido en Italia, no a causa de la Iglesia, sino como consecuencia del dominio de una forma de historia retórica y libre de contenido, una narración predestinada a terminar en la unidad, que no tiene significado ni referencia a la Italia de hoy en día. Hemos promovido ésto, pero no hemos conseguido promover otros modelos atrayentes para que el público se interese por la historia. Es un problema que los historiadores han planteado a los responsables de la formación mental de los ciudadanos -la escuela y la familia- pues presentan aproximaciones siempre críticas contra la historia formada, contra la historia oficial.

**ROGER CHARTIER:** Parece que existen dos tipos de problemática a los dos lados de esta mesa. La cuestión es definir los paradigmas del trabajo de los historiadores como científicos y su papel social, cívico y político, en un sentido amplio, en una sociedad dada. Es muy difícil definir la historia en su pretensión científica porque hay muchos aspectos que la historia comparte con otras disciplinas, aspectos que plantean una serie de preguntas como por ejemplo la historicidad de la historia o la historicidad de la producción de los saberes científicos. La diferencia es la relación que la historia tiene con su propia historia, la relación que la disciplina histórica tiene con la historia del siglo XIX, como ciencia, no como pasado del siglo XIX. Existe una especie de contemporaneidad del pasado de la disciplina en el presente y no ocurre absolutamente lo mismo en una disciplina como las matemáticas. La historia de las matemáticas, que algunos matemáticos consideran interesante, es completamente ajena a lo que están trabajando. Esta relación de la historia con su propia historia, como conocimiento, como saber, como disciplina, crea, a mi entender, una primera dificultad.

La segunda diferencia se refiere a una alusión de Giovanni Levi sobre Nolte y el problema de la falsificación. Respecto a la falsificación de los revisionistas, en el sentido estrecho, existe una posibilidad inmediata de decir que son realmente falsificadores, ya que hay pruebas y documentos que permiten demostrar que una realidad fue y que lo que dicen no sucedió, es una invención. Pero en la narración de la historia de la Alemania de Nolte, construida sobre dos catástrofes: el holocausto de los judíos y la de Alemania misma en su lucha contra el comunismo al fin de la guerra, ¿dónde está la falsificación?, ¿cómo es posible probar que hay una falsificación? Los hechos no son falsificados sino que la falsedad reside en la manera de construir la narración. Levi ha dicho que no hay respuestas suficientes a Nolte porque los documentos

son los mismos, son compartidos por Nolte y por otro esquema de escritura más "verdadero" de la historia alemana.

Me parece que estos problemas son absolutamente centrales y muy difíciles, y, antes de construir un inmediato papel social del historiador, es necesario reflexionar dentro de la disciplina sobre estos temas. La tarea de la divulgación histórica es, ante todo, conocer formas que podemos considerar y que puedan ser recibidas como seguras. No pienso que la historia pueda ser leída por toda la gente, es una ilusión, lo que es posible es elaborar formas nuevas de organizar el material. Si la historia quiere resistir contra el relativismo y los diagnósticos de crisis no debe bajar su nivel de comprensión, sino tomar parte en las complejas discusiones con la crítica literaria, la filosofía, las ciencias de la naturaleza. La divulgación es algo que debe ser fundado sobre los más complejos criterios del establecimiento de la verdad o de la historia como conocimiento.

Esta es una manera de reunir los dos lados de la discusión que no me parece contradictoria. Antes de tratar el papel social hay que establecer en nuestro gremio los criterios que puedan configurar nuestro trabajo y nuestras investigaciones como conocimiento.

**LLUIS ROURA:** Creo que este planteamiento es un perfecto punto de partida para otra mesa redonda dado el interés que suscitan este tipo de debates. El tiempo, fundamental en la historia, nos obliga a dar por finalizado este coloquio, por tanto, no nos queda más que agradecer a todos los asistentes su participación.

**Resumen:** *Los componentes de la mesa redonda reflexionan sobre la situación actual de la historia tras el famoso alegato de Fukuyama anunciando el fin de la historia. Se expone la relatividad de los conceptos de crisis y revisionismo y se apuesta por una reconceptualización de la práctica historiográfica.*

**Summary:** *The members of the round-table reflect on the present situation of the history after the famous claim of Fukuyama announcing the end of the history. The main arguments expounded are the relativity of concepts such as crisis and revisionism and the necessary reconceptualization of the writing of history.*